

LA IGLESIA,
RESPUESTA DE DIOS
AL PUEBLO
POBRE Y OPRIMIDO

MEDITACION ECLESIOLOGICA
SOBRE Mt 9,35-10,1 Y Mc 3,13-14

Juan Ramón Moreno



"Jesús recorría todas las ciudades y aldeas, enseñando en sus sinagogas, proclamando la Buena Nueva del Reino y sanando toda enfermedad y toda dolencia.

Y al ver a la muchedumbre, sintió compasión de ella, porque estaban vejados y abatidos, como ovejas que no tienen pastor. Entonces dice a sus discípulos: 'La mies es mucha y los obreros pocos. Rogad, pues, al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies'.

Y llamando a sus doce discípulos, les dió poder sobre los espíritus inmundos para expulsarlos, y para curar toda enfermedad y dolencia."

(Mt 9,35-10,1)

"Subió al monte y llamó a los que él quiso: y vinieron donde él. Instituyó Doce, para que estuvieran con él, y para enviarlos a predicar con poder de expulsar los demonios."

(Mc 3,13-14)

I. INTRODUCCION

Es conveniente aclarar que nuestra pretensión aquí es muy humilde y sencilla. No se trata de abarcar la inmensa gama de rasgos que conforman el misterio que es la Iglesia, ni siquiera los que podríamos considerar como los más esenciales. Pretendemos simplemente centrarnos en un aspecto de la Iglesia que consideramos radical. Y radical en el sentido de que pertenece a la raíz, es decir al **por qué** y **para qué** del que brota la Iglesia, aunque tampoco agote todo lo que en ella hay de radical.

Los dos pasajes evangélicos sobre los que vamos a basar nuestra reflexión versan sobre la institución de los Doce (Mc) y su llamada a la misión apostólica (Mt).

Asumimos la interpretación exegética de que los Doce significan y representan al nuevo Israel, al nuevo Pueblo de las doce tribus. Parece bastante evidente la importancia que tanto los evangelios como la primera comunidad cristiana dieron al simbolismo del número de **doce**. En el evangelio de Mc la expresión griega "kai epoiesen dodeka", literalmente "hizo doce", "creó doce", resulta un tanto extraña, pero hace resaltar con fuerza y claridad el hecho de que con ese gesto simbólico, con esa especie de parábola en acción, Jesús está significando la creación del nuevo Israel, la fundación del nuevo Pueblo de Dios.

En Mt no se describe propiamente la institución de los Doce. Es más bien el Sermón de la Montaña el que representa la proclamación fundamental de la nueva alianza y donde se significa, por tanto, la fundación del nuevo Israel. Sin embargo en este pasaje de la llamada a la misión apostólica, los Doce, que son nombrados por primera vez, se convierten en figuras representativas de ese Israel mesiánico. Como comunidad convocada en torno a Jesús, los Doce, nuevo Pueblo de Dios, representan paradigmáticamente a la Iglesia. En este sentido, cuanto en los evangelios se refiere al grupo de los Doce, debe ser ejemplarmente aplicado a la vida de la Iglesia. Esto es precisamente lo que nos permite leer y meditar estos pasajes desde una perspectiva eclesiológica que ilumine la realidad de nuestro vivir eclesial.

II. EL SUMARIO DE ACTIVIDADES

El discurso apostólico, como antes el sermón del monte, está precedido en Mt por un sumario de la actividad de Jesús. Esa actividad se concreta fundamentalmente en dos aspectos: **palabra** y **hechos**. La palabra se dirige por un lado hacia el interior de la sinagoga en forma de enseñanza que interpreta las Escrituras y esclarece el cumplimiento de las promesas. Por otro lado, dirigida hacia afuera, proclama la buena noticia de que el reinado de Dios está cerca. Los hechos realizan lo que la palabra proclama; las curaciones, expulsiones de demonios,... son así signos visibles de que las promesas esperadas se están cumpliendo y que Dios efectivamente ha comenzado a ejercer su soberanía en la historia, aunque sea en una forma incipiente, pero que anticipa ya su plenitud. De este modo la palabra da sentido a los hechos y esclarece su significado. Los hechos hacen creíble la palabra y la historizan en lo concreto. Ambos se complementan y configuran la actividad mesiánica de Jesús.

Este sumario de actividades de Jesús tiene su correspondencia en el sumario de actividades que Jesús solicita de los Doce. Al "recorría... proclamando la buena nueva del Reino y sanando toda enfermedad y toda dolencia" corresponde el "id proclamando que el Reino de Dios está cerca. Curad enfermos..." (Mt 10,7-8). Se da una identidad de misión y tarea entre Jesús y los Doce. La comunidad convocada por el Señor es llamada a incorporarse a Jesús, a llevar adelante la actividad misma de Jesús. Su misión es exactamente la misma para cuya realización "la Palabra se hizo carne" (Jn 1,14) entrando en la historia humana. Así la comunidad eclesial es llamada a hacerse cuerpo histórico de Jesús, que prosigue su acción evangelizadora y liberadora, como bien expresa el Documento de Puebla: "Ella prolonga en la tierra, fiel a la ley de la encarnación visible, la presencia y acción evangelizadora de Cristo" (n. 224).

Este **co-laborar** con Cristo en su tarea supone un **con-vivir** con él, escuchar sus palabras, ser testigo de sus obras. La misión de los Doce es la misión de Jesús. El es el que le da forma y contenido. El enviado debe estar continuamente referido a aquél que le envía. No dice ni hace nada por su propia cuenta, sino lo que ha oído y lo que agrada al que le ha enviado (Cf. Jn 8,28-29). Por eso en su relato de la institución apostólica Mc al "para enviarlos a predicar..." hace preceder el "para que estuvieran con él" (3,14). Proseguir la obra de Jesús presupone asimilarse a él, llenarse de su modo de proceder. Se trata ante todo de dar testimonio de "lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos" (1Jn 1,1). Es ese "estar con él" el que da consistencia liberadora a la actividad apostólica.

Pero ese "estar con él" exige una actitud asimilativa; hay que empaparse del modo de hacer de Jesús. Hay que contemplar con ojos y corazón muy abiertos cómo actúa el amor encarnado, cómo Dios realiza en la carne limitada su acción liberadora. Hay que ponerse en proceso de valorar las personas y situaciones, de calar el sentido de los acontecimientos desde la óptica de Jesús, que es la del Padre que le ha enviado. Hay que hacerse discípulo al modo de María, que "guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón" (Lc 2,19).

III. ¿POR QUE Y PARA QUE LOS DOCE?

La ilación entre el sumario de la actividad de Jesús y la ins-

trucción sobre la actividad que Jesús espera de la comunidad de los Doce la realiza Mt por medio de la rápida descripción de una secuencia de gestos de Jesús. Tales gestos nos dan una clave muy importante para ahondar en la raíz misma del sentido de la comunidad eclesial. Son fundamentalmente: 1. "Viendo a la muchedumbre", 2. "Sintió compasión de ella", 3. "Y llamando a los doce discípulos...".

1. "Viendo a la muchedumbre"

1.1. Lo que ve. La palabra griega "ochlos" significa propiamente gentío, muchedumbre del pueblo. Normalmente designa una multitud desorganizada de gentes. Mc 3,7-12 enmarca la escena de la institución de los Doce sobre el trasfondo de esta presencia multitudinaria formada por gentes venidas de todas las regiones de los alrededores. Nos la describe como una multitud de enfermos y endemoniados, de menesterosos de tal modo ansiosos de algo grande que transforme su existencia, que se arrojan encima de Jesús y le aplastan empujándose unos a otros. Se trata de gente doliente y oprimida que busca afanosamente ser liberada de su situación. En el v.20, tras la institución de los Doce, vuelve a describirse esa multitud que les acosa hasta el punto de que "no podían ni comer".

Mt. resume la situación existencial de esa multitud con la frase "estaban vejados y abatidos como ovejas que no tienen pastor". La frase alude a Nm 27,17 donde Moisés pide a Dios poner a alguien al frente del pueblo para que no se disperse. Ahora ese pueblo está "disperso por los montes como ovejas sin pastor" (1Re 22,17). Abandonado por sus líderes políticos y religiosos, que "se apacientan a sí mismos" y "no se ocupan de mi rebaño", que "ha sido expuesto al pillaje" (Cf Ez 34,8-9). De esta manera, con una breve pincelada que evoca tantos pasajes del Antiguo Testamento, pinta el evangelista la situación de marginación, sufrimiento y opresión de ese pueblo al que Jesús dirige su mirada.

1.2. El modo de ver. Es significativo el gran número de veces que los evangelistas detallan el gesto de Jesús de ver o de mirar: al enseñar a las multitudes o hablar a las personas, al curar, multiplicar los panes, llamar al seguimiento,... Es el gesto del amor solidario que, precisamente porque le importa profundamente la suerte del otro, busca penetrar en la situación real en que se encuentra y descubre su necesidad concreta para adecuar a ella la acción que se sigue. Incluso, paradójicamente, lo que ex-

presa una frase como "mirándoles con ira" (Mc 3,5) es ante todo el amor solidario y concreto al hombre de la mano paralizada y, al mismo tiempo, la incompatibilidad absoluta existente entre ese amor y la actitud insolidaria de esos hombres que, escondidos tras el legalismo y el silencio, anteponen sus intereses personales e institucionales a la calidad de vida del hermano. El ver de Jesús es un ver comprometido con el otro, bien lejos del ver curioso o temeroso de quien se encuentra centrado en sus propios intereses.

2. *"Sintió compasión de ella"*

Cuando lo que se ve de esta manera es dolor, sufrimiento, opresión, esta visión afecta el corazón del vidente, que siente como propia la miseria del otro. El verbo empleado aquí por Mt para expresar este efecto es "splanchnizomai", cuyo sustantivo significa propiamente "entrañas" y en sentido figurado corazón, amor, misericordia. Con mucha frecuencia va este verbo asociado al gesto de **ver** la desgracia o la miseria humana, ante cuya vista "se conmueven las entrañas". Expresa los sentimientos que provienen de una actitud de solidaridad e identificación con alguien cuya aflicción y sufrimiento afectan al propio corazón y urgen a buscarle remedio eficaz. (Cf Mt 14,14; 15,32; 18,27; 20,34).

En la parábola del Samaritano, con la que Jesús explica el mandamiento del amor, leemos exactamente las mismas palabras que aquí: "al verlo sintió compasión" ("idon esplanchnisthe"). La compasión del samaritano es consecuencia y manifestación no de cualquier ver, sino del ver con amor solidario que, al toparse con el sufrimiento del otro, rompe el corazón e impulsa a acercarse y hacer algo por el hermano doliente: "se acercó a él y le vendó las heridas...". Es exactamente lo contrario del ver sin solidaridad, de un ver desde una perspectiva enclaustrada en el mundo de los propios intereses. Es lo tipificado por el sacerdote y el levita de la parábola: "al verlo dio un rodeo y pasó de largo". Esta manera de ver, sin amor, rehuye acercarse al dolor del otro, rehusa asumirlo como propio y, consecuentemente, pasa de largo ante él sin hacer nada. Se contenta a lo más con un sentimentalismo estéril, incapaz de mover a la renuncia de los propios proyectos y seguridades para acomodarse a las necesidades del hermano.

Ahora también a Jesús, al ver a esa multitud atribulada, se le

conmueven las entrañas. Esa situación de opresión y abandono se le hace insoportable. Hay que hacer algo por el pueblo. Y es precisamente ese **algo** que Jesús hace para responder a la postración y anhelos del pueblo lo que enseguida nos describe el evangelista.

3. "Y llamando a los doce discípulos..."

La llamada está precedida de un breve paréntesis en el que Jesús confronta a los discípulos con la urgencia de dar respuesta a la necesidad del pueblo. "La mies es mucha, los obreros pocos". Emplea el término "therismos" que significa **mies** y **siega**; Mt lo usa en 13,30.39 aplicado a la separación final de buenos y malvados. Allí la siega se atribuye a los ángeles, mientras que aquí son los obreros quienes ejercen dentro de la historia la misma actividad que los ángeles realizarán en el momento final. La alusión indica que comienza el tiempo escatológico, la etapa final de la historia, inaugurada con la presencia de Jesús y la cercanía del reinado de Dios. El pastor mesiánico viene a sacar a la muchedumbre de su abandono y aflicción, viene a responder a las necesidades del pueblo marginado y oprimido. La recomendación que hace Jesús a los discípulos de dirigirse al dueño de la mies es una manera de prepararlos para la misión que inmediatamente les va a encomendar. Por un lado apunta a aquél en quien se origina toda iniciativa salvadora y de quien parte la misión: "el dueño", que es precisamente "vuestro Padre" (10,20.29), "el que me ha enviado" (10,40). Por otro lado recalca la situación de necesidad de la multitud, que mueve a Jesús a ampliar el alcance de su acción mesiánica por medio de colaboradores.

De este modo es la **compasión**, la necesidad de hacer algo por esa multitud doliente, la que desencadena el "Y llamando a los doce discípulos les dio poder sobre los espíritus inmundos para expulsarlos y para curar toda enfermedad y toda dolencia". La llamada de los Doce y la misión que se les encomienda aparecen así como la respuesta de Jesús a la opresión y marginamiento del pueblo. Como en el Antiguo Testamento la vocación de Moisés fue la respuesta concreta de Dios al sufrimiento del pueblo: "Bien vista tengo la aflicción de mi pueblo en Egipto, y he escuchado su clamor en presencia de sus opresores; pues ya conozco sus sufrimientos" (Ex 3,7), responde ahora Jesús al abandono y dolor del pueblo con la llamada y envío de los Doce.

El poder ("exousía") que reciben sobre los espíritus y las enfermedades es precisamente el poder que los configura como res-

puesta eficaz, capaz de llevar adelante el servicio que se les encomienda. Es el poder mismo dado a Jesús por el Padre (Cf Mt 9,8; 28,18) y con el que realiza la tarea del Reino haciendo que estas ovejas vejadas y abatidas "tengan vida y la tengan en abundancia." (Jn 10,10).

IV. LA IGLESIA, RESPUESTA DE DIOS AL PUEBLO MARGINADO Y OPRIMIDO

Al leer en clave eclesiológica el relato de la llamada de los Doce, podemos afirmar sin lugar a dudas que la Iglesia es la respuesta de Jesús, y en último término del Padre, a las penas del pueblo marginado y oprimido. La Iglesia surge como concreción operativa de las entrañas de misericordia de Jesús, que se conmueven ante el sufrimiento del pueblo "vejado y abatido" y anhelante de una existencia mejor. ¡Hay que hacer algo! Y ese algo se concreta en **la Iglesia**: "Y llamando a los doce...".

Pero es importante tomar conciencia de que si la Iglesia es respuesta al pueblo, es ante todo respuesta **de Cristo** y, en Cristo, respuesta **de Dios**. No es una respuesta que pueda estructurarse, por muy alta posición jerárquica que se ocupe dentro de la Iglesia, según el propio arbitrio o según la propia lógica, sino sólo según el designio y la lógica de Dios. Muy pronto tuvo que aprenderlo Pedro (Cf Mt 16,23). Sólo en la continua referencia a Cristo, en el "permanecer con él", podrá la Iglesia configurarse como respuesta de Cristo, como respuesta cristiana. Nace como fruto del amor misericordioso de Cristo, y nace precisamente para hacerse cauce operativo de ese amor comunicador de vida, que transforma la existencia de los marginados de la historia. Para ser sacramento de la acción salvífica del Señor; y eso significa que en ella tiene que hacerse visible -y visible es lo que se ve- la presencia actuante y liberadora del Dios encarnado. Eso le exige ser "toda de Cristo", como afirma el Documento de Puebla, pero, como prosigue dicho Documento, "con él, toda servidora de los hombres" (n. 294).

Esto nos introduce en la otra cara de la moneda. Esta respuesta de Dios es respuesta **al pueblo**. No se trata de una respuesta abstracta y ahistórica. Se trata de una respuesta concreta a un pueblo concreto en una situación histórica y existencial concreta. Se trata de una respuesta que realmente cambie las cosas. Respuesta que entre en la dinámica misma de la encarnación:

"con él, toda servidora de los hombres". Hacerse con Jesús y al modo de Jesús respuesta real a las necesidades del pueblo doliente. Si, por un lado, hacerse respuesta de Jesús implica dejar que él dé el contenido, por otro lado, ese contenido sólo podrá ser discernido y encontrado asumiendo el modo de actuar de Jesús. Los gestos de Jesús que acabamos de contemplar **-ver, compadecerse, hacer-**, tienen que ser asumidos por la Iglesia.

Si la razón de ser de la Iglesia es hacerse respuesta a las necesidades del pueblo, ¿a dónde tendrá que dirigir su mirada a la hora de estructurarse como Iglesia, a la hora de planificar y organizar su palabra y acción evangelizadoras? Esta conciencia llevó a los obispos en Puebla a comenzar su reflexión precisamente por la "visión pastoral de la realidad latinoamericana". No una visión sociológica o política o económica, sino una visión **pastoral**, visión de pastores que, como sacramentos vivos y actuantes del Buen Pastor, miran con amor la realidad concreta del pueblo en toda su complejidad y crudeza, y que al ver esos "rostros de niños golpeados por la pobreza", de jóvenes desorientados, de indígenas marginados y en situaciones inhumanas, de campesinos relegados, de obreros, de ancianos, etc., reconocen en ellos "los rasgos sufrientes de Cristo, el Señor, que nos cuestiona e interpela". (Cf nn. 31-40).

Y de esa mirada surge la compasión que conmueve las entrañas e impulsa con urgencia a profundizar en las raíces de tanto sufrimiento e injusticia, que se pone del lado del pequeño y del débil, defiende su derecho y busca efectivamente ayudarlo a cambiar su situación.

Pero aprender a mirar al modo de Jesús supone liberarse de muchos prejuicios e intereses personales e institucionales. Supone "renacer del Espíritu" (Cf Jn 3,3-9) con unos ojos nuevos, limpios, que penetren sin miedo en la realidad, por cruciante y cuestionante que resulte. Sólo una Iglesia que mira así será capaz de superar la tentación de "dar un rodeo y pasar de largo" frente al clamor de los pobres, encerrada defensivamente en planes y estructuras rígidamente mantenidos, y tendrá la audacia pastoral de convertirse en Iglesia que "se acerca" con entrañas de misericordia y, ante las necesidades concretas del pueblo que tiene delante, no teme asumir los riesgos e inseguridades de una reestructuración y replanificación que le permitan hacerse más eficaz servidora.

Ese acercamiento al pueblo, a sus anhelos, luchas y esperanzas se convierte así en "medida privilegiada... de nuestro seguimiento de Cristo" (Puebla 1145), en rasgo fundamental que hace reconocible a la verdadera Iglesia de Cristo. Sólo desde la cercanía al pueblo, desde la solidaridad e identificación con sus sufrimientos y su destino, podrá la Iglesia estructurarse y organizarse en todas sus instancias de forma tal que visibilice los rasgos de ese Cristo del que es sacramento primordial, y sea, como él, causa de esperanza para esa multitud de pobres que anhelan la liberación y a cuyos oídos el anuncio del Reinado de Dios suena como buena noticia que les llena de dicha y alegría.



En la fuerza de la consagración mesiánica del bautismo, el Pueblo de Dios es enviado a servir al crecimiento del Reino en los demás pueblos. Se le envía como pueblo profético que anuncia el Evangelio o discierne las voces del Señor en la historia. Anuncia dónde se manifiesta la presencia de su Espíritu. Denuncia dónde opera el misterio de iniquidad, mediante hechos y estructuras que impiden una participación más fraternal en la construcción de la sociedad y en el goce de los bienes que Dios creó para todos.

En los últimos diez años comprobamos la intensificación de la función profética. Asumir tal función ha sido labor dura para los Pastores. Hemos intentado ser voz de los que no tienen voz y testimoniar la misma predilección del Señor por los pobres y los que sufren. Creemos que nuestros pueblos nos han sentido más cerca. Ciertamente logramos iluminar y ayudar. Ciertamente también, pudimos haber hecho mucho más. Ahora, colegialmente, intentamos interpretar el paso del Señor por América Latina.

Puebla 267-268